

Colaboración

SABORES DEL

AERO

-Antonio Pereira-

¡Cómo el paso del tiempo va recortando nuestros poderes! Ahora, en las fiestas sociales de San Juan y San Pedro, apenas dan las cuatro o las cinco de la madrugada y uno ya no tiene fuerzas para seguir dándole al baile de «La bomba». A servidor le ha ocurrido este mismo año, palabra. Pero donde más duelen las limitaciones es en la comida. Menos mal que mi médico es de la estirpe de los Llamazares, gente de sentido común, y en su prescripción me autoriza a un cortadillo de vino tinto con cada comida. Del Bierzo, el vino, pero esto lo añado yo.

Desde que me aconsejan prudencia alimenticia, quiero decir, alimentaria, he dado en aprovechar mis paseatas examinando los reclamos de los restaurantes. Me gusta el menú del día. Los económicos son los más tentadores. Sueño con lo menestral, meter cuchara en el plato. Los garbanzos, las lentejas, ¡las alubias viudas! Pero que no se llegue a la injuria de la servilleta de papel...

A veces, inevitablemente, recuerdo una gloria del pasado. Hace bastantes años, en León, yo me fijaba en el menú del Real Aero Club, y algunos días lo disfrutaba. Mantelería, vajilla, cubertería elegante. Y en la cartulina, con el anagrama de la ilustre sociedad deportiva y el detalle del menú, un trámite final que aparecía cotidianamente firmado:

Visto bueno, el Conde de Gaviria.

En León no teníamos ningún otro conde ni marqués ni nada, o al menos yo no lo recuerdo y no vaya documentarme ahora. Don Francisco de Cadenas y Vicent, Conde de Gaviria, era el presidente del Aero, como todos decimos en abreviatura. Aquella bendición aristocrática le daba mucho encanto al almuerzo y además, el conde era un hombre lleno de ingenio y de *savoir faire*. También de saber vivir. En un cuento de «Una ventana a la carretera», mi primer libro de narrativa, tomé prestado un dicho feliz de don Francisco, puesto en boca de un mozo enamorado: «Que sólo de contemplallas, en fiesta se le ponía»

Qué sutileza, qué delicadeza, lo de que a uno se le ponga en fiesta...Todo un mundo de recuerdos en esta breve expansión nostálgica, y menos mal que al firmante le dejan la pluma, ya que no la sal y el picante.